

CATALUÑA: DE ETNIA A NACIÓN. UN ESTUDIO ETNOSIMBÓLICO SOBRE LOS ORÍGENES DEL NACIONALISMO CATALÁN (1859-1922)

Santiago Fernández Fernández-Caballero (santymclain@hotmail.com)

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

El etnosimbolismo histórico es un enfoque cultural que pretende rellenar ciertas grietas observadas dentro del paradigma modernista a la hora de explicar el fenómeno de la nación y el nacionalismo. El marco teórico queda configurado por el enfoque etnosimbólico de Anthony Smith, quien plantea que tanto el legado cultural de las comunidades étnicas premodernas como su uso por parte de ciertos sectores sociales contemporáneos es fundamental para entender la nación como producto de una identidad cultural colectiva y el nacionalismo como movimiento, doctrina cultural y lenguaje, así como para comprender la fuerza o debilidad de su arraigo geográfico y social. El estudio histórico analiza el caso catalán y su paso de una identidad étnica precontemporánea a una identidad nacional contemporánea (1859-1922).

Palabras clave: etnosimbolismo, comunidad étnica, identidad nacional, nacionalismo, Cataluña

Introducción

¿Es la nación algo real e inmemorial o es sólo un producto discursivo contemporáneo de ciertas élites políticas y sociales? Esta pregunta está implícita en casi toda la literatura especializada, y las respuestas dadas han llevado a su vez a la formación de ciertos paradigmas explicativos, destacando el modernista. Entre los autores que más han contribuido al éxito académico del paradigma modernista se encuentra Ernest Gellner, siendo uno de sus aportaciones más interesantes lo que él define como *cultura avanzada*; ésta se caracteriza por la reestructuración, el control y la

difusión que experimenta deliberadamente desde los aparatos político-institucionales, a fin de que todos los miembros de la comunidad política participen de la misma. Cabría preguntarse qué productos culturales son exactamente los que conforman esa educación cívica de masas, algo en lo que el autor no profundiza por considerarlo irrelevante (Gellner, 2008: 217-225). Por su parte, otro exponente modernista como Eric Hobsbawm afirma que la mejor forma de entender la naturaleza y el atractivo de las naciones sería analizar la génesis y la función que tienen las tradiciones nacionales inventadas desde el Estado contemporáneo, el cual considera las mismas un medio necesario para conseguir el apoyo a los esfuerzos de las élites estatales por controlar el rápido cambio social y la inmersión de las clases populares en la arena política (Hobsbawm, 2012: 7-21). Tanto uno como otro parecen dejar claro que las dimensiones sociales, económicas y políticas de la modernidad suelen ser más importantes que las culturales a la hora de entender y explicar el origen, desarrollo y éxito del fenómeno nacional.

No obstante, resulta un tanto exagerada la insistencia del paradigma modernista en la nación como una categoría sin lugar alguno en la historia premoderna y su desatención a los recursos culturales disponibles en la comunidad, los cuales considera fácilmente maleables al antojo de las élites. Quizá la razón no se encuentre en que esos aparentemente irrelevantes retales culturales dan sentido al hecho de pertenecer a una identidad cultural compartida que, real o imaginada, genera una lealtad y una pasión que hasta ahora el paradigma modernista no ha podido explicar completamente. Tal vez el error deba buscarse en el deseo de conquista del hecho científico que lleva a intentar elaborar una teoría válida para todos los casos, lo cual vendría a afirmar que todas las naciones son iguales. Pero esto es precisamente lo contrario de lo que afirman todos y cada uno de los relatos nacionales. El mito del nacionalismo describe un mundo de naciones inmemoriales que deben ser despertadas de su letargo, y aquel se mantiene vivo gracias a unas tradiciones, recuerdos, símbolos y valores propios de épocas anteriores al individuo que, inventadas o no, le hace sentir esa comunidad como real. Los “pueblos elegidos” judío o francés, las “tierras santas” rusa y polaca o el “pasado inmemorial” persa bien pueden resumirse en productos discursivos que, motivados desde determinadas clases o estratos y debido a ciertos intereses, han vinculado el pasado de unas comunidades culturales históricas premodernas con las naciones modernas, pero esa suerte de “enlace” consigue dotar a la comunidad de una ubicación certera en un espacio y un tiempo concretos de la historia. Esta causalidad puede ayudar

a entender el carácter multidimensional que encierra la identidad nacional y explicar su hegemonía ideológica contemporánea.

Para Anthony Smith, la nación puede ser una formación social moderna, pero se construye sobre la base de culturas preexistentes y legados identitarios concretos. Así, lo que da al nacionalismo su poder ideológico son los mitos, las memorias, tradiciones y símbolos del legado étnico, así como las formas en las que un pasado vivido popularmente ha sido y puede ser redescubierto y reinterpretado por las modernas *intelligentsias* nacionalistas (Smith, 1999: 163-181). En esencia, lo que Smith propone es una mayor atención a las profundidades de las persistencias étnicas y a los ciclos étnicos de *longue durée* en el proceso de formación de las naciones.

Marco conceptual: etnicidad y nacionalismo

Analizar la dimensión simbólica de las identidades culturales que forman las comunidades étnicas puede ayudar a establecer una continuidad entre periodos generalmente dicotomizados en exceso, así como a entender las transformaciones esenciales que la modernidad ha llevado a cabo en dichas *ethnies*, ya que al fin y al cabo los cambios culturales de la modernización tampoco fueron tan drásticos y rápidos como lo fueron los económicos y políticos. La durabilidad histórica de una comunidad étnica está condicionada por factores tanto internos y externos, pero lo que le permite sobrevivir a las transformaciones son esos mitos, símbolos, recuerdos y valores que se transmiten entre generaciones a través de ciertas redes de comunicación. Seis atributos definen el concepto de comunidad étnica que, en cuanto mayor grado posea o comparta una población, más se aproxima al tipo ideal de *ethnie* (Smith, 1986: 13 y 21-46):

- Gentilicio. Un nombre colectivo es la marca identificativa en el registro histórico y a él se asocian unas connotaciones místicas que refuerzan su calidad de signo étnico distintivo.
- Mitos de origen común. Una de las bases más importantes del fenómeno de la etnicidad es el valor histórico y simbólico que se da a los mitos de ascendencia común. Estos mitos responden a cuestiones individuales y colectivas como por qué nos parecemos, por qué somos una comunidad o de dónde venimos.
- Recuerdos históricos compartidos. Un sentido de historia común une a las sucesivas generaciones de una comunidad étnica. En este sentido, el rol de las tradiciones para dotar continuidad a una historia compartida continuada es esencial, resultando menos importante la autenticidad objetiva de los hechos que su proyección poética,

didáctica e integradora mediante el relato de batallas, lugares sagrados, héroes y personajes populares que la comunidad siente como suyos.

- Cultura compartida distintiva. Los elementos culturales étnicamente distintivos permiten simultáneamente aunar al colectivo en una misma identidad y diferenciarse de *los de fuera*. Estas prácticas y recursos culturales fomentan una unicidad que resulta importante para la etnicidad por su capacidad para llegar a establecer un ciclo de *longue durée*.
- Asociación a una “tierra” específica. Toda comunidad étnica guarda unos lazos con un centro geográfico simbólico fruto de la simbiosis construida entre la comunidad y su lugar concreto en el mundo. La fuerza étnica con que la comunidad se siente ligada a un territorio puede incluso llegar a suplir la ausencia de presencia física en el mismo.
- Sentido de solidaridad interclasista. La solidaridad cultural interclasista o, al menos, entre varios sectores de la comunidad étnica suele expresarse en el desarrollo de instituciones filantrópicas y supone una extensión de la identidad cultural más allá de los círculos aristocráticos.

Esta serie de atributos permite a Anthony Smith definir una *ethnie* como una comunidad humana con nombre colectivo y autodefinida, cuyos miembros poseen unos mitos de ascendencia común, unos recuerdos compartidos, unos elementos culturales distintivos, un vínculo con un territorio y un sentido de solidaridad, al menos entre sus estratos superiores. Al ser en muchos casos el único estrato social que sabe leer, son los escribas y sacerdotes quienes codifican y representan las tradiciones, se organizan y forman redes socializadora con capacidad para garantizar la unidad subjetiva de una comunidad histórica. En el caso de Europa, tanto el paso de dichos recursos culturales de generación en generación como su uso selectivo en función de los sucesivos contextos históricos afianzan la conciencia colectiva de las etnias a lo largo del tiempo, formando esos núcleos étnicos cuya localización permite obtener mucha información sobre la forma y el carácter que posteriormente tendrán las naciones.

Intelectuales, intelligentsia y nacionalismo

Uno de los elementos distintivos de la modernidad es la aparición de unas clases medias emergentes con una profesionalidad en auge que irán adquiriendo poder económico, intelectual y político hasta transformar las estructuras tradicionales del *Ancient Régime*. Estos estratos emergentes forman el grueso que mueve la actividad

nacionalista, pudiendo distinguirse a los intelectuales, que elaboran ideas y productos culturales, de la *intelligentsia* en general, que son los profesionales que transmiten esas ideas y creaciones, y también de un público culto más nutrido, que es la población alfabetizada que “consume” dichas ideas y productos.

El rol de los intelectuales y la *intelligentsia* dentro de la base social de muchos nacionalismos es enormemente importante, y así lo han considerado tanto Smith como autores modernistas en sus propuestas teóricas (Smith, 1999: 115-118). En este sentido, el papel de los intelectuales y la *intelligentsia* a la hora de crear y transmitir, respectivamente, recursos culturales hacia el público culto consiste en hacer de la comunidad étnica popular una nación política, transformación condicionada a su vez por otros procesos. Por un lado, esa comunidad popular-religiosa relativamente pasiva debe pasar a formar una comunidad política activa, y eso requiere que el pueblo tome conciencia de sí mismo. Por otra parte, esa concienciación es buscada por la actividad intelectual cuando da protagonismo a los elementos populares en sus obras e ideas y muestran a la comunidad un pasado y un territorio entendidos como colectivos. Los lugares sacralizados, las épocas doradas, los mitos y héroes rememorados aportan esos recursos culturales que pueden llegar a hacer posible la formación de la nación a partir de los recuerdos etnohistóricos premodernos.

La identidad étnica catalana: origen y evolución

Formación de la comunidad étnica catalana

- 1) **Nombre colectivo y orígenes políticos.** Los orígenes históricos de Cataluña parecen quedar delimitados en una franja espacio-temporal que vendría a situar los orígenes históricos de Cataluña entre los siglos X y XIII en el contexto de la Marca Hispánica, acompañado posteriormente del aumento de autonomía jurídica condal y la eclosión económica y política de Barcelona (Balcells *et al.*, 2006: 188-203). Así, los condados pirenaicos que habían formado la Marca irán dando forma a una compleja comunidad jurídico-política cuyo señor y soldados más destacados ya son denominados, respectivamente, como *Dux Catalanensis* y *catalanicus hostes* por el mismo periodo (*Liber Maiolichinus*, hacia 1117).
- 2) **Mitos de origen común.** Las distintas hipótesis sobre el origen epistemológico de Cataluña comparten el contexto histórico de la disputa por el territorio entre cristianos y musulmanes, escenario en el que se irán forjando héroes, leyendas y

mitos como productos culturales de un ambiente bélico permanente. Entre los varios personajes destacados en las crónicas medievales se encuentran Otger Cataló y Sant Jordi, fundadores mitológicos de Cataluña en su dimensión política y religiosa, respectivamente. Estos mitos y héroes de las crónicas de finales de la Edad Media solían ennoblecer los orígenes genealógicos de las élites políticas, al mismo tiempo que privaban de ese valor caballeresco a los campesinos (Torres, 2008: 127). Pero el alcance de difusión de dichos mitos también dependía del espacio político abarcable por las estructuras institucionales permanentes, un poder efectivo que la Diputación del General no tuvo hasta bien entrado el siglo XVI. Fue entonces cuando la *Generalitat* desarrolló un tejido territorial más denso, subvencionó producciones históricas y geográficas, comenzó a utilizar la cruz de San Jorge como enseña de la institución y revitalizó el sermón institucional dedicado a éste como elemento del culto cívico-religioso (Torres, 2008: 160-162). De esta forma, esos mitos y símbolos promovidos por las clases gobernantes catalanas irían proyectando hacia ciertos estratos sociales una sensación de compartir un origen común y unos recuerdos históricos, así como unos valores entendidos como más o menos definitorios de la comunidad étnica (lengua, territorio, instituciones, religión).

- 3) **Recuerdos históricos compartidos.** En el caso catalán, las producciones culturales habían sido llevadas a cabo tradicionalmente por las instituciones eclesiásticas, gestión que contribuía asimismo a consolidar el poder político ya desde mediados del siglo XII (Balcelles *et al.*, 2006: 201). La Iglesia no tuvo un agente que compitiera con su capacidad de difusión del conocimiento del territorio y el pasado hasta finales del siglo XVI, periodo en que la Diputación protagoniza un notable desarrollo institucional e infraestructural que también revierte en el impulso de trabajos historiográficos y geográficos sobre el Principado (Torres, 2008: 163-170). Esta renovada necesidad entre las clases estamentales de dar a conocer el pasado y el territorio del *Principat* supone un avance en el fomento de una memoria histórica colectiva, debido a que las narraciones van abarcando más allá de las crónicas dinásticas de una familia real o un linaje aristocrático.
- 4) **Elementos culturales distintivos.** La relativamente progresiva cohesión y expansión que experimenta el Principado entre los siglos XI y XIII coincide con el desarrollo de dialectos populares del latín como las *langues d'oïl* (al norte) y *d'oc* (al sur), que irán dando forma, entre otros, al francés, al occitano y al catalán. En el siglo XIII estas lenguas romances ya gozaban de un alto prestigio en las esferas literarias, jurídicas y

administrativas (Llobera, 1996: 63 y 70-71). El dominio lingüístico del catalán a nivel popular queda más o menos delimitado geográficamente respecto al occitano, el aragonés y el castellano a partir del siglo XIII, extendiéndose a Valencia y Mallorca y alcanzando su esplendor literario en los siglos XIV y XV. Si bien nunca cayó completamente en desuso, se observa un declive literario del catalán a principios del siglo XVI, producto del ascenso literario del castellano. Es cierto que la inmigración castellana, la Inquisición, los matrimonios mixtos entre la nobleza barcelonesa y la fragmentación dialectal formaron una importante parte en este proceso dual de auge del castellano y decadencia del catalán, pero el uso del castellano quedó mayoritariamente circunscrito a las grandes ciudades y las zonas que conformaban los caminos reales. Pero el catalán continuó siendo la lengua predominante entre la pequeña nobleza, el clero local y en los documentos oficiales hasta 1716, y aún después entre las clases medias y bajas, lo que demuestra que la decadencia del catalán entre los siglos XVI y XVIII no lo fue tanto en el plano lingüístico como en el literario (García Cárcel, 1985: 81-98 y 110-112). Esta persistencia lingüística supone un elemento de continuidad en el mantenimiento de una identidad cultural que permitirá que el pasado de la comunidad étnica, relatado en los productos culturales de las movilizaciones culturales y políticas contemporáneas, pueda llegar a ser entendido, *sentido* como *vivo* y compartido en un gran espacio social y geográfico de Cataluña.

- 5) **Asociación a una tierra específica.** En el caso de una comunidad étnica de corte aristocrático como era la catalana medieval, la defensa política, militar y cultural del territorio o la *terra* corría a cabo de los brazos estamentales. Sin embargo, el término *terra* fue implicando diferentes y simultáneas alusiones a lo largo del tiempo. Por un lado, el desarrollo económico de pequeñas ciudades dio pie a la diferenciación entre *terra* y *vila*, lo que hará que las clases medias y altas urbanas comiencen a hablar de payeses, campesinos y paisanos como *gent de la terra*. Por otro, el término también hacía alusión a los dominios del señor o del monarca, y las ampliaciones de la representación corporativa estamental en las instituciones durante el siglo XIV contribuyeron al proceso de asimilación de la cosa pública como asuntos de la *terra* (Torres, 2008: 89-104). Esta doble conceptualización no sólo refleja la fragmentación en el imaginario colectivo de una sociedad como la catalana medieval y moderna, marcadamente estratificada y casi nunca libre de fuertes tensiones sociales, sino que representa sólo una parte de la enorme gama de términos utilizados

históricamente para referirse al conjunto de Cataluña: principado, provincia, nación, patria (Torres, 2008: 212-225). En todo caso, lo cierto es que las alusiones a Cataluña hacían referencia, en mayor o menor medida, a un emplazamiento geográfico y cultural, pero también a un sujeto poseedor de un estatus jurídico-político que estaba cargado de una larga trayectoria histórica.

- 6) **Sentido de solidaridad interclasista.** Como representantes estamentales del reino, la nobleza, el alto clero, los militares y la alta burguesía barcelonesa eran quienes articulaban el llamado sistema pactista catalán. Las Cortes Generales, la Diputación y el *Consell de Cent* de Barcelona eran las principales instituciones a través de las cuales estos sectores sociales compaginaban sus lealtades políticas a nivel local y estatal. Por su parte, el bajo clero y los gremios eran prácticamente los únicos canales de comunicación entre dichas instituciones y las clases populares, reflejando ambos la marcada naturaleza religiosa y corporativa de la sociedad catalana. A pesar de la fuerte estratificación sociopolítica, algunos testimonios pertenecientes a clases medias urbanas y rurales guardan cierta similitud con los institucionales respecto al uso del vocabulario político, como se observa en los diarios de los coetáneos Miquel Parets y Joan Guàrdia, que han sido perspicazmente analizados por Xavier Torres (2008: 81 y 265-326). Sus observaciones sobre el vocabulario político de la época muestran que la solidaridad entre las clases sociales se acentuaba con respecto a un enemigo común, pero no era lo suficientemente fuerte como para ofrecer una visión interclasista de Cataluña más allá del paisaje, la lengua o la fe católica.

Elementos definitorios de la etnicidad catalana a mediados del siglo XVII

En un primer plano, se observa una comunidad étnica de corte aristocrático, cuyas élites van desarrollando unas instituciones políticas que son legitimadas a través de una mitificación de su historia y orígenes por parte del clero y la nobleza. Pero también se advierte un temprano uso del catalán en los ámbitos literario, administrativo, jurídico, religioso y popular, lo que revela que un elemento tan importante como la lengua, capaz de hacer de la cultura un verdadero depósito intergeneracional, ya es compartido por varios estratos sociales antes del despliegue territorial de las administraciones catalanas durante la temprana Edad Moderna. A pesar de la fragmentación dialectal y de coexistir con el latín, el castellano y el francés, el catalán no sólo se mantuvo como la única lengua popular en la mayoría geográfica y social del Principado, sino que su uso escrito pareció consolidarse precisamente en los siglos XVI

y XVII. La lengua se presenta así, junto con la religión, como el principal nexo de unión cultural entre gobernantes y gobernados.

Esta doble visión ofrece una perspectiva más nítida del trasvase ideológico que se da desde las élites intelectuales hacia las masas. El hecho de que los conductores de dicho trasvase fuesen generalmente la Iglesia, las instituciones corporativas y los gremios da sentido al énfasis que muchos etnosimbolistas ponen en el papel de la religión y la organización social como fuente y motor de mitos, símbolos y canales de comunicación necesarios para la persistencia y/o recurrencia de identidades étnicas premodernas (Smith, 2000: 323-325). Desde la segunda mitad del siglo XVI, son las instituciones políticas y eclesiásticas las que elaboran esa producción cultural evocadora de mitos, símbolos, recuerdos, valores y tradiciones (arquitectura, literatura, pintura, música, liturgias). Al mismo tiempo, el empuje literario del castellano también comenzó a ser mirado con recelo por ciertos sectores intelectuales que veían en él peligrosos intentos de identificar la lengua, la cultura y la historia castellana con la española; tampoco faltaron puntos de desencuentro respecto al uso de la lengua en el decisivo terreno eclesiástico.

Para finales del siglo XVII, la identidad étnica catalana ya cuenta con un sustrato cultural (lengua y religión) y político (articulado desde las clases estamentales a través de las instituciones corporativas), pero sobre todo va elaborando un *mythomoteur* en función del cual formar una división identitaria “nosotros/ellos”. La historiografía catalana va dando así forma a una etnohistoria con momentos y espacios *especiales* mitificados con antelación a que lo hicieran las movilizaciones culturales y políticas del siglo XIX: mitos de origen común, héroes bélicos, literatura paisajística, *edades doradas*, iconos y lugares sagrados... Estas recurrencias van formando una imagen y un relato de Cataluña social y geográficamente sesgados, pero no muy desencaminados de los que se observarán siglos más tarde desde la historiografía romántica. La memoria etnohistórica que articulan las clases dominantes de cada momento sigue hablando del mismo sujeto, Cataluña, como una comunidad histórico-cultural con dos elementos distintivos principales: memoria jurídico-institucional y herencia lingüística. Es necesario, entonces, saber qué elementos han ido marcando las pautas de la persistencia étnica catalana desde la pérdida de su autonomía política hasta el resurgimiento cultural que supone la movilización vernácula de mediados del siglo XIX.

La persistencia de la identidad étnica catalana (1714-1833): rupturas, continuidades y transformaciones

Centro estancado y periferia en movimiento

Como observó en su día John Elliott (2006: 391-404), las múltiples dificultades y dolencias que aquejaron a Castilla se vieron más contrastadas si cabe al compararse, desde el último cuarto del siglo XVII, con una relativa recuperación económica en zonas de la periferia peninsular, lo que abría una nueva etapa geopolítica en la que la periferia peninsular podía adquirir un mayor peso político que el centro en la articulación estatal de decisiones. Se trata de una recuperación ciertamente relativa, desigual e incluso engañosa, pero en el caso catalán se puede apreciar una auténtica reanimación económica a partir de los años ochenta que continuó en el siglo siguiente. A la estabilidad monetaria le siguieron nuevas técnicas de producción agrícola y, debido a ello, la repoblación de áreas rurales. A mediados de siglo, la crisis del trigo (1748-53) supuso un excedente de mano de obra que pudo ser reabsorbido por el sector industrial y comercial urbano, dando lugar al comienzo de un desarrollo económico y demográfico sin precedentes: la población se duplica, bajan las tasas de mortalidad infantil y femenina, se multiplican los molinos, los talleres y las fábricas textiles y del papel, el mercado americano es más explotado que nunca y se crean compañías de comercio para armonizar una imparable actividad comercial que no cesará hasta la última década de la centuria (Nadal y Wolff *et al.*, 1992: 329-357). De este nuevo escenario emergen unas clases medias con unos intereses distintos a los de las clases dominantes tradicionales, pero en base a una misma percepción de Cataluña como sujeto con personalidad histórica propia. No es extraño, por tanto, que tanto unas clases como otras estuviesen presentes entre los diputados de Barcelona que acudieron a las cortes convocadas por Carlos III en 1760 y que pidiesen, junto con diputados de Zaragoza, Valencia y Mallorca, la restauración de las instituciones políticas perdidas tras la instauración borbónica (Balcells, 1999: 12). A pesar de la desaparición de las instituciones históricas a raíz de la derrota de Barcelona y la implantación de los decretos de Nueva Planta, éstas habían sido, en última instancia, un instrumento político de las clases dominantes del momento, algo que también intentará conseguir la nueva burguesía emergente respecto a las nuevas estructuras políticas.

De este modo, una comunidad definida históricamente en base a una identidad cultural de corte aristocrático, como había sido la Cataluña medieval y moderna, va

experimentando entre sus élites un proceso de periferalización que llega a afectar a la naturaleza misma de la comunidad étnica, porque, perdida gran parte de la autonomía política, los elementos culturales compartidos (lengua y religión) se mantuvieron como instrumentos de autoafirmación de la catalanidad frente a la pérdida del reconocimiento político de sus instituciones. Por esa razón, el movimiento intelectual renacentista comenzará haciendo un mayor uso de la lengua, el paisaje y la tradición que de lo político para enfatizar su idea de la catalanidad, habida cuenta de que las élites políticas y económicas, altamente castellanizadas, ya no son depositarias ni transmiten públicamente una memoria histórica en catalán. Así, la lengua se iría colocando como principal elemento popular y distintivo de la identidad catalana, en detrimento de aquellas especificidades políticas antaño defendidas por unas élites ahora declinadas y periferalizadas que veían como unas nuevas clases iban formando nuevas imágenes y relatos como el de la tradición comercial catalana.

La diglosia: asimilaciones y reticencias

Es evidente que el uso del catalán se contrajo a nivel urbano, público y administrativo, pero el medio y bajo clero no dejó de utilizarlo y continuó así siendo un motor de persistencia identitaria. Pero el uso de éste en zonas rurales y entre las capas populares no fue gravemente amenazado ni tan siquiera con la obligatoriedad, desde 1768, del castellano como lengua de enseñanza. Sin embargo, para entonces esta persistencia lingüística no correspondía ya con la realidad intelectual de la Cataluña ilustrada, cuyas élites políticas, económicas e intelectuales se expresaban mayoritariamente y públicamente en lengua castellana: por ejemplo, casi toda la obra del mejor historiador de la Cataluña dieciochesca, Antonio de Capmany, es de índole económica, escrita en castellano y financiada por la Junta de Comercio de Barcelona (Balcells *et al.*, 2006: 544-551). Sus originales estudios fueron científicamente enriquecedores y contribuyeron a mantener la idea de una comunidad con memoria histórica y cultural propia; pero también expresan una mezcla de resignación y asimilación ante el castellano por parte de la burguesía emergente, haciendo de éste el idioma de la alta cultura desde el último tercio de la centuria, relegando a un segundo plano los elementos identitarios políticos, culturales o lingüísticos y colocando en lugar de éstos la tradición comercial de la burguesía histórica.

Mientras la lengua catalana se contraía a los espacios rurales y al bajo clero y la Cataluña del comercio y la industria producía unas nuevas clases medias que apostaban

en público por el castellano, la entrada en el siglo XIX iba acompañada de una inmersión en la era del capitalismo a niveles incomparables en el resto del Estado. Esta mayor movilidad económica y social también conllevará una mayor conflictividad social. Por otra parte, las nuevas guerras contra Francia (1793-95 y 1808-14) volvieron a hacer de la provincia un frente bélico de primer orden y supusieron la eclosión definitiva de los conflictos internos a nivel ideológico, protagonizados por los bloques liberales y absolutistas. Si, como ya apuntaba R. García Cárcel (1985: 178) en relación al escenario ideológico y político de las guerras de 1640-52 y de 1705-14, Cataluña ya no tenía claro qué o a quién debía defender, a comienzos del siglo XIX la situación no había hecho sino complejizarse.

Legitimidad dual, marginación intelectual y movilización vernácula (1833-1859)

Surgida de las guerras napoleónicas y la interminable posguerra entre revolucionarios liberales y contrarrevolucionarios absolutistas, una parte de la intelectualidad catalana ya no expresaba su defensa del catalán como reacción a una amenaza lingüística o cultural exterior, sino como necesidad de reavivar una conciencia colectiva que en las últimas décadas parecía mitigarse debido, entre otras razones, a la castellanización de la vida pública, urbana y oficial de Cataluña. Los tonos nostálgicos de sus obras que describen el paisaje, los recuerdos y las tradiciones reflejan una identidad catalana popular que se mezcla entre la alabanza y el recuerdo; una identidad que, siendo española, necesitaba saber si dentro de esa España llegaría a caber su lengua, su cultura y su etnicidad. Como es sabido, la propuesta identitaria del Estado liberal español no terminó de responder satisfactoriamente a esos mitos, símbolos, recuerdos y tradiciones que habían hecho de Cataluña una comunidad étnica políticamente integrada pero siempre reacia a asimilar que su españolidad pasase forzosamente por una asimilación castellana histórica y cultural.

Con esta generación de escritores comenzaría el proceso de *movilización vernácula*, propio de las comunidades étnicas de corte popular-religioso y en el que se observa un movimiento intelectual en defensa de la lengua y la cultura popular autóctona. De esta forma, los intelectuales dedican sus esfuerzos al re-descubrimiento étnohistórico a través de sus producciones culturales. Y en su búsqueda, irán tratando de concienciar a la comunidad étnica no sólo acerca de una memoria y un territorio común, sino también de un patrimonio cultural para una identidad colectiva con la que actuar políticamente en el mundo contemporáneo (Smith, 1997: 55-61). Porque siendo la

cultura un depósito intergeneracional, puede ser capaz dotar de continuidad a una identidad colectiva durante mucho tiempo por medio de la recurrencia a y la persistencia en determinados mitos, recuerdos, símbolos, valores y tradiciones. Ese depósito intergeneracional fue el material con el que la *Renaixença* comenzó a reivindicar el patrimonio cultural del catalán, que desde el siglo XVI había comenzado a declinar y al que la diglosia, patente desde la segunda mitad del siglo XVIII, había terminado de confinar al espacio familiar y rural. Este proceso de decadencia literaria y desaparición entre el público culto tendía a confirmar la percepción del catalán como “*un idioma antiguo provincial, muerto hoy para la República de Letras*”, una percepción que sería combatida por las generaciones de comienzos del siglo XIX. Introduciéndose lentamente entre los géneros literarios más consumidos por el público urbano, la lengua catalana empieza a aparecer en sainetes, obras de teatro, revistas como *Lo Verdader Català* o catecismos que llegarán a los cien mil ejemplares (Balcells *et al.*, 2006: 631-641). En estos productos culturales se revela la necesidad de acudir al mundo medieval como escenario idílico debido a la falta de una literatura catalana de alta cultura durante la época moderna, lo que alimenta un espíritu de nostalgia entre sus autores.

Adéu-siau, turons, per sempre adéu-siau
oh serres desiguals que allí en la pàtria mia
dels nuvols o del cel de lluny vos distingia
*per lo repós etern, per lo color del blau*¹

Esa mirada al pasado es una llamada a la recuperación de algo que parece ilocalizable en un mundo como el moderno, cuya movilidad dificulta el asentamiento identitario. Es una invocación a un patrimonio paisajístico y lingüístico, pero también a todo lo que de él se desprende, en especial la memoria histórica que, al calor de la fiebre romántica que inspira el medievalismo, será un objeto principal de reinterpretación para estos intelectuales

¹ Bonaventura Aribau, *Oda a la Pàtria* (cit. en Oltra *et al.*, 1981: 19)

*Catalunya, pobra mare,
no et sento els glatits del cor!
Qui t'ha vist i qui et veu ara!
Un temps lluitant per l'honor,
avui amb fang a la cara,
cercant només grapats d'or²*

En términos políticos, esa nostalgia por el pasado y la naturaleza local vendría a traducirse paulatinamente en una visión crítica respecto al centralismo estatal, que no tenía en cuenta las especificidades propias de cada región. No quiere esto decir que aquellos que, como los carlistas, defendieron activamente las posiciones políticas tradicionalistas frente a la modernidad del liberalismo “jacobino” tengan que ser presentados necesariamente como los predecesores del catalanismo político finisecular. La intelectualidad carlista no sólo profesó siempre un dinasticismo y un antiliberalismo mucho más marcados, sino que además, a diferencia de los catalanistas, la mayoría de sus semanarios y periódicos se publicaban en castellano (Canal *et al.*, 2005: 45-84). Se trata más bien de que, entre la *Oda a la Pàtria* de Aribau (1833) y la reinstauración de los Juegos Florales (1859), se gesta un movimiento cultural que irá adquiriendo difusión pública y repercusión política a medida que, por otra parte, el constitucionalismo liberal español (tanto moderado como progresista) se vaya mostrando incapaz de asimilar las aspiraciones políticas de la sociedad civil catalana, con una proyección industrial más cercana a los niveles de Europa Occidental y un dinamismo social y político mayor que el resto del Estado.

De la aflicción cultural al activismo político: politización de la etnicidad catalana

Quedaba claro que la sociedad tradicional cedía definitivamente el testigo a las nuevas clases sociales nacidas de la revolución industrial y burguesa. Mientras el valor añadido del sector agrícola catalán dentro del conjunto español apenas rondaba un peso del 10%, en el caso del sector industrial llegó a alcanzar hasta un 74%, porcentaje que muestra claramente las implicaciones que la revolución industrial tuvo en la burguesía catalana y su visión del modelo industrial como hecho diferencial respecto a la Castilla *triguera* (Nadal y Wolff, 1992: 367-390). Así, la creciente movilidad del tejido social

² Àngel Guimerà, *Catalunya, pobra mare* (cit. en Oltra *et al.*, 1981: 27)

urbano hizo que Barcelona continuase siendo un foco de actividad política en creciente efervescencia. No en vano, los comienzos del Estado liberal centralizado coincidieron con bombardeos a Barcelona (1842 y 1843), unos episodios que no hicieron sino acentuar la incomodidad de los sectores políticos sublevados dentro del recién asentado régimen liberal. A esta situación de creciente extrañamiento respecto a las prácticas políticas del régimen isabelino se sumarían los conflictos sociales y políticos internos que experimentaba Cataluña como resultado de su progresiva industrialización: proletarización, obrerismo reivindicativo, alejamiento de la doctrina social conservadora de la Iglesia y acercamiento a corrientes progresistas y radicales (De Riquer, 2001: 25 y 81-85). De este modo, el anticentralismo se irá convirtiendo en un primer punto de convergencia entre amplios sectores políticos y generará las primeras solidaridades en Cataluña.

Historicismo y catalanismo (1859-1898)

Aunque la rivalidad entre la etnohistoria castellana y la catalana era evidente a nivel público e intelectual, lo cierto es que ésta no conllevaba al proceso de formación de una ideología catalana que apostase por la búsqueda de una autodeterminación política o una independencia *nacional*. Porque la reinterpretación del pasado español en clave castellana no supuso automáticamente una respuesta nacionalista en Cataluña, sino una movilización intelectual que defendía públicamente una identidad española menos centrada en la etnohistoria castellana.

Precisamente uno de los autores más significativos en lo que a la producción cultural de mitos, héroes y episodios mitificadores del pasado catalán se refiere, Víctor Balaguer, se quejaba con amargura en sus *Esperansas y recorts* (1866) de esa convención historiográfica que caía en la identificación de Castilla con España, “*com si en Espanya no hi hagúes més nació que Castella ni més glories nacionals que les glories castellanes*” (cit. en De Riquer, 2001: 26). Esas glorias protagonizaban un esplendor medieval recuperado y enmarcado por la *Renaixença* como *edad dorada* de su relato etnohistórico, y algunos de sus mayores mitos también fueron utilizados para alentar a los voluntarios catalanes que marchaban a participar en una causa tan española como fueron las campañas de Marruecos (1859-60) y Cuba (1868-78), lo que demuestra que la formación de una identidad española sin celo castellano prevalecía entonces sobre las intenciones de la intelectualidad catalana de elaborar un lenguaje, una doctrina o un movimiento propiamente nacionalista (Canal *et al.*, 2005: 121-122 y 131-135). En

Barcelona, el nuevo ensanche de la ciudad supuso una nueva oportunidad para ornamentar el espacio público con los nombres de héroes, mitos y lugares del imaginario romántico renacentista (R. de Flor, P. Claris, R. Casanova, Provenza, Mallorca, Aragón, Nápoles), así como con los nombres de sus propios impulsores (Balme, Verdager, Aribau). Pero el *Eixample* también ofrecía espacio para la mitología españolista liberal (Padilla, Dos de mayo, Bailén).

A la divergencia entre los proyectos políticos defendidos en Madrid y Barcelona se sumaban, pues, diferentes interpretaciones históricas del pasado de España en Castilla y Cataluña. Y ésta no haría sino aumentar a raíz del Sexenio Democrático, un periodo de desahogo de la marginación crónica sentida por las élites catalanas y de despliegue intervencionista por parte de las mismas, especialmente de republicanos y federalistas. Sin embargo, la experiencia será demasiado corta y convulsa como para poder consolidar esa propuesta alternativa de identidad española netamente liberal, defendida por muchos desde las Cortes de Cádiz. La renuncia pareció definitiva con la Restauración y su idea canovista de Castilla como alma de España. La clásica premisa federalista de que *el problema no es que Madrid nos gobierne bien, el problema es que deje de gobernarnos*, se hacía cada vez más presente y contaba con el apoyo de unas clases medias y unos sectores profesionales que irían desarrollando su activismo organizativo hasta crear toda una vida política y una cultura pública de masas en torno a ese *hecho diferencial* llamado Cataluña. Comenzaba así el catalanismo político, una fase decisiva en el proceso histórico de formación de la identidad nacional y la ideología nacionalista catalanas.

Ya en los comienzos de la etapa restauracionista, algunos republicanos federalistas como Valentí Almirall habían abandonado el partido de Pi i Margall para elaborar un programa que asumiera que los partidos dinásticos y sus colaboradores no podían tratar ni operar correctamente dentro de la realidad catalana. Sus orígenes ideológicos eran reformistas, republicanos y federalistas. Por eso, a pesar de las continuas escisiones producidas en las organizaciones y asociaciones catalanistas, la horizontalidad de sus discursos terminaría atrayendo hacia el anticontralismo a una amplia parte de la sociedad civil catalana y de sus representantes políticos. Este éxito discursivo como aglutinador de diversas ideologías, especialmente durante los años ochenta, no sólo quedaba ilustrado en la variedad social e ideológica de sus simpatizantes. También se refleja en la imagen fraternal y respetada que se tenía del *Diari Català* entre sectores republicanos, federalistas e incluso anarquistas de la prensa

política barcelonesa, que llegaron a ponerse de parte del *Diari* en sus pleitos a raíz de las denuncias y sanciones impuestas por el fiscal de imprenta (Pich, 2008: 439-449). Precisamente por la heterogeneidad ideológica de sus orígenes, las apuestas catalanistas nunca adolecieron de apoyos desde sectores políticos de muy diversa índole.

Como no se trataba simplemente de una protesta intelectual o una nostalgia afectiva, las estrategias políticas del catalanismo siempre observaban atentamente los referentes europeos coetáneos de autogobierno. Por un lado, tanto republicanos como federalistas eran admiradores de los modelos suizo y estadounidense, y seguían atentamente los procesos políticos de descentralización como el de la doble corona sueco-noruega, el *home rule* británico o el ya mencionado modelo austrohúngaro. Por otra parte, comenzaban a enfatizarse los paralelismos existentes entre el catalanismo y otros movimientos nacionalistas, como el italiano, el checo o el irlandés (Balcells, 1999: 36-41). En los albores de la Gran Guerra, Antoni Rovira i Virgili publicaría una *Història dels moviments nacionalistes*, una prueba de esta atención duradera del catalanismo hacia los problemas nacionales de la época para buscar referentes políticos que aplicar a la situación propia.

La producción cultural como instrumento para nacionalizar una etnohistoria y el papel de la intelligentsia en la difusión de una identidad nacional

Como en todo relato nacional la experiencia histórica tiende a la dramatización, en este caso los mitos de esplendor medieval necesitaban unos hitos etnohistóricos que explicasen el por qué de la presente situación. Pero la burguesía conservadora no veía del todo productivo recordar solamente unos mitos bélicos que, además, podían ayudar a aumentar la ya de por sí enorme conflictividad interna. Así, las guerras contra las tropas castellanas de 1640-52 y 1714 también irán aportando unos mitos más modernos que los medievales; nombres evocadores de una tradición menos guerrera y más cívica, que comenzaron a ser glorificados como paladines del militarismo defensivo *nacional* en contraposición al militarismo agresivo castellano.

La novela *Un Corpus de Sangre o Los fueros de Cataluña* (Manuel Angelón, 1857) terminaría dando el nombre definitivo a la revuelta de 1640. A su vez, los segadores darán nombre a la guerra de 1640-52, un término empleado por Víctor Balaguer para incidir en el elemento popular y el alma rural que movilizaron la identidad catalana. El mismo Balaguer había conseguido que se pusiese a una calle de Barcelona el nombre de Pau Claris en 1865. Y en 1892, la publicación de las *Cansons*

populars catalanes de Francesc Alió introducía la famosa canción popular de *Els Segadors* unida al estribillo de otra canción, llamada *Bon cop de falç*. El resultado de esta mezcla de piezas fue un éxito masivo y le llevaría no sólo a convertirse en un himno catalanista, sino en himno nacional de Cataluña (Canal *et al.*, 2005: 124-128). Esta tendencia a complementar la simbología y los mitos románticos medievales con unos referentes modernos también se observa, por ejemplo, en las obras pictóricas: el *Corpus de Sang* (1907) y el *Onze de Setembre* (1909) de Antoni Estruch i Bros ya no reflejan un enaltecimiento primordial de la glorias medievales, sino de la resistencia contra la invasión territorial... y nacional. Se trata, en fin, de mitos que nacen de la producción cultural y se van convirtiendo gradualmente en referentes identitarios para la acción política contemporánea.

Pero lo que hizo del catalanismo una fase indispensable para el desarrollo de un nacionalismo político fue el fomento de un auténtico cultivo público del patrimonio histórico y cultural del catalán, que englobaba a varias generaciones e incluso a posturas políticas muy diversas. Profesionales liberales, artistas, intelectuales, religiosos, políticos, académicos forman una cultura historicista y fomentan una educación cívica pública en catalán (Juliá, 2005: 106-107). Son ellos quienes se preocupan de despertar el pasado etnohistórico catalán por medio de sus producciones culturales y científicas (literatura, pintura, arqueología, música, historia, excursionismo). El asociacionismo cívico-cultural con voluntad nacional fue, pues, clave para hacer del nacionalismo catalán una cultura pública de masas más allá de partidos, asociaciones y clases sociales.

El nacionalismo catalán (1898-1922): movimiento, doctrina cultural y lenguaje

De sobra conocida es la desmoralización que invadió a la intelectualidad española tras la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. No obstante, si bien puede ser acertado afirmar que el desastre colonial movilizó a sectores sociales de la periferia del Estado en pos de un proyecto político alternativo al de Madrid, se observa que dichos movimientos no maduraron hacia un discurso nacionalista simplemente por la pérdida de unos espacios comerciales; puede que ese fuera el caso de la burguesía industrial, pero no necesariamente de los intelectuales y las clases medias. En todo caso, las relaciones con Madrid continuaban siendo defendidas tanto por esa burguesía industrial como por los sectores políticos posibilistas. Pero parecían acabarse los tiempos en que la intelectualidad romántica y tradicionalista daba en llamar hermana a Castilla o miraba hacia España como madre a la que dirigir los pesares patrios y conquistar moralmente.



Mort de Guifré el Pelós u Orígens de l'escut de la Casa de Barcelona, de Claudi Lorenzale i Sugrañes (1843). Los orígenes mitológicos de un símbolo nacional: Wilfredo el Velloso fue considerado como el primer conde de Barcelona con autonomía respecto al Imperio Carolingio; en la imagen, Carlos el Calvo –nieto de Carlomagno– accede a pintar el escudo condal con la sangre de Wilfredo. Al igual que a mediados del siglo XVII, las

producciones culturales vuelven a *naturalizar* los orígenes francos –que no castellanos– y la tradición de autonomía política ubicándolos en el mismo “nacimiento” simbólico de Cataluña.

Otger Cataló, de Claudi Lorenzale i Sugrañes. La intelectualidad romántica recurrió a las fuentes medievales para recuperar los orígenes y los personajes históricos de Cataluña; en la imagen, Otger Cataló derrota a un sarraceno portando un pendón cuatribarrado, haciéndose notar los heroicos orígenes del nombre colectivo de la comunidad étnica y la religión como elemento primordial en la formación de la etnicidad catalana.



Corpus de Sang, de Antoni Estruch i Bros (1907). La revuelta de los segadores de 1640, mitificada por la historiografía romántica catalanista, ya formaba parte de los referentes políticos de la identidad nacional catalana a finales del siglo XIX. Muchas ilustraciones catalanistas eran acompañadas por un manojo de trigo y una hoz como simbolización de la carga política y nacional de *els segadors*.

***L'Onze de Setembre*, de Antoni Estruch i Bros (1909).** La horizontalidad, los mitos y los símbolos como recursos del historicismo nacionalista: obsérvese tanto la diferente procedencia de clase y condición de los combatientes como la preocupación que en ellos genera inmediatamente la caída de Rafael Casanova (arriba, junto al clérigo, un *miquelet* y la bandera del *Consell de Cent* de Barcelona, que incluye a Santa Eulalia y el emblema cuatribarrado)



Estatua de Pau Claris y homenaje póstumo a Rafael Casanova (1914). Los monumentos erigidos a Pau Claris (izquierda), en 1880, y a Rafael Casanova (derecha), en 1888, se ubicaban en el contexto de la reforma del código civil español, lo que movilizaría a juristas y abogados barceloneses en defensa del derecho civil catalán – razón por la cual se inscribió al pie de la estatua que “*aquí cayó herido el Conseller en Cap Don Rafael Casanova defendiendo las Libertades de Cataluña*”–. La instantánea de 1914 ilustra la creciente carga simbólica que tuvo el culto del *Onze de Setembre* en torno a la figura de Casanova para la izquierda nacionalista desde la segunda década del siglo XX.



Algunos diarios barceloneses de finales del siglo XIX. *Diari Català* fue el primer periódico publicado en catalán (1879) y sería absorbido por *La Renaixensa* (1880), que pasaría así a ser la voz diaria del catalanismo junto con la *Veu de Catalunya*. Por su parte, *La Campana de Gràcia* (1870) era un diario republicano que encontraría, cada vez con más frecuencia, puntos de encuentro con el movimiento catalanista. Al igual que éste, publicaba en catalán, defendió otras publicaciones frente a las denuncias del fiscal de imprenta, criticó la gestión de la guerra en Cuba, pidió la revisión de los procesos de Montjuïc y condenó el asalto de militares a redacciones de prensa catalanista. La cabecera del *Diari* une tradición (la montaña) con progreso (locomotora de vapor) entre pasado (escudo catalán) y futuro (amanecer de fondo), mientras que *La Renaixensa* utiliza un ave fénix con el emblema cuatribarrado para representar el renacer del patrimonio histórico y cultural de la lengua catalana.



Mitos bélicos medievales y cívicos modernos en algunos sellos catalanes (finales del siglo XIX y principios del siglo XX). La “edad dorada” de la etnohistoria catalana es ubicada por la historiografía romántica en la Baja Edad Media (Wilfredo el Velloso, el linaje Berenguer, Jaime I, Guillem R. de Montcada), en parte como consecuencia del medievalismo imperante entre sus propios autores; los *catalanes il·lustres* modernos y contemporáneos también serán homenajeados por el catalanismo político, que buscó unos mitos más cívicos que bélicos para dar continuidad al relato nacional de Cataluña hasta el presente y encontró en ellos los referentes para dar forma a una identidad catalana moderna: la lengua (B. C. Aribau y À. Guimerà), la tradición católica (J. Balmaes), la memoria colectiva (A. Capmany), los paisajes y el territorio histórico (J. Maragall), el republicanismo y el federalismo (J. Prim), el civismo antimilitarista entendido como militarismo defensivo (P. Claris y R. Casanova). Por su parte, la cruz de Sant Jordi continuó teniendo un gran peso simbólico para el nacionalismo catalán, tal y como lo había tenido para las clases aristocráticas pre-contemporáneas.



Sellos propagandísticos catalanistas y de otros grupos nacionalistas (1899-1919). Simbología y reivindicaciones pasadas y presentes: **(1)** La tradición y el progreso representados por Montserrat y la industria, asistidos por la madre patria y su escudo (obsérvese la hoz y el manajo de trigo en la parte inferior derecha del sello); **(2 y 3)** La figura de Sant Jordi, como mito de origen común y patrón de los catalanes, fue muy utilizada por el grafismo de la *Unió Catalanista*; **(4)** El mito de la creación del escudo cuatribarrado como alusión a un origen y una personalidad colectiva propias; **(5)** Sello del regionalismo tradicionalista, con el ave fénix, el escudo catalán y Monserrat como fondo; **(6)** Para comienzos del siglo XX, la composición musical nacida de la mezcla de *Bon cop de falç* y *Els segadors* ya había cobrado un enorme valor simbólico en la cultura política catalanista; **(7)** Sello regionalista, que centra su reivindicación autonomista ubicando el escudo de Cataluña en torno a los de las cuatro provincias; **(8)** La memoria histórica del pancatalanismo se ilustra en este sello, en el que reza en latín *Catalonia Una et Libera* y en cada esquina, los escudos de Valencia, Mallorca, Cataluña y Rosellón; **(9)** Sello de la *Unió* para promocionar el famoso homenaje a Rafael Casanova de 1901, reinterpretado ya por el historicismo romántico como “*mártir de les llibertats de Catalunya*”; **(10)** La sardana, como elemento folclórico expresivo del “alma popular” de Cataluña, fue especialmente fomentada desde las instituciones catalanistas a partir del primer cuarto del siglo XX; **(11)** Sello para recaudar fondos en los esfuerzos por hacer que se revisasen los procesos de Montjuïc contra los detenidos en la huelga general de 1902, que fueron altamente irregulares y criticados por la mayoría de sectores políticos de Barcelona; **(12)** El origen de la *senyera estelada* radica en los encuentros de catalanistas con independentistas cubanos durante la última década del siglo XIX; la Sociedad de Naciones propiciaría un contexto teóricamente favorable para reivindicar el principio de autodeterminación nacional desde *Estat Català* y otros sectores nacionalistas.

*Escolta Espanya, la veu d'un fill
que et parla en llengua no castellana:
parlo en la llengua que m'ha donat
la terra aspra;
en aquesta llengua pocs t'han parlat;
en la otra, massa.
On ets, Espanya? No et veig enlloc
No sents la meva veu atronadora?
No entens aquesta llengua que et parla entre perills?
Has després d'entendre an els teus fills?
Adéu, Espanya³*

El siglo XX comenzaría de manera poco favorable para la armonización de la encrucijada castellano-catalana. En términos sociales, Cataluña experimentaría en los siguientes treinta años un nuevo crecimiento demográfico y económico gracias a un nuevo empuje industrializador. El porcentaje de población no natural llegó a cuadruplicarse y la inmigración era mayoritariamente absorbida por la demanda de obra en un sector industrial que comenzaba a superar a la agricultura como motor principal de la economía. A su vez, la duplicación de la población de Barcelona, la proletarianización masiva y el descenso del analfabetismo tuvieron un papel importante en el creciente cuestionamiento de la doctrina social eclesíastica y en la secularización de la sociedad catalana (Balcells, 2006: 661-665). Por otra parte, el activismo social y político de las organizaciones surgidas del obrerismo nunca había terminado de converger con el de las organizaciones catalanistas, pues si bien desafiaban el orden político como ellos, mantenían una visión del orden social diferente. No obstante, esa dialéctica de confrontación entre unos y otros terminaría conformando un catalanismo de izquierdas desde donde se ampliaría la gama de demandas políticas de autonomía: desde el regionalismo reformista de la *Mancomunitat* (1914) hasta el independentismo explícito de *Estat Català* (1922), todos compartían un anticentralismo ligado a una identidad catalana sentida ya como nacional.

³ Maragall, Joan, *Oda a Espanya* (1898), cit. en Oltra, B., Mercadé, F. y Hernández, F., *Op. cit.* (págs. 33-34)

A nivel político, el divorcio nunca definitivo entre el catalanismo y los partidos dinásticos tomaba una nueva dimensión en 1901, donde la *Lliga Regionalista*, primer partido catalanista que se presentaba a elecciones, resultó victoriosa y protagonista del inicio del fin del dominio electoral de los partidos dinásticos en Barcelona. La clásica pugna entre conservadores y liberales se trasladaba desde entonces al enfrentamiento entre catalanistas, republicanos y el mundo obrero, y esa fue una de las razones por las que se creó *Solidaritat Catalana*. Otro motivo, no menos importante, había sido la necesidad de responder activamente al asalto que algunos oficiales militares habían efectuado a las sedes de *Cu-cut!* y *La Veu de Catalunya*, un ataque a la libertad de expresión amparado por una Ley de Jurisdicciones que otorgaba facultades judiciales extraordinarias al ejército (Nadal y Wolff, 1992: 396-399). Huelga decir que acciones como esta no hacían sino incidir en la cada vez más degradante imagen que se tenía del ejército y de la monarquía desde la *intelligentsia* barcelonesa.

Además, a nivel simbólico, la creciente reticencia que desde Barcelona se tenía de los principales elementos distintivos de la identidad española *oficial* iba acompañada de la aparición de nuevos referentes simbólicos para el nacionalismo catalán. En 1901, miembros de las juventudes de *Unió Catalanista* habían decidido depositar unas flores en la estatua de Rafael Casanova y el eco de su detención se difundió entre los sectores jóvenes de la militancia catalanista. La movilización en favor de los militantes terminó traducándose en la creación de una entidad (*La Reixa*) para gestionar la celebración anual del *Onze de Setembre* como un símbolo del carácter cívico catalán, que defendía históricamente un militarismo de resistencia en contraposición al militarismo agresivo castellano. Al principio, las élites dirigentes catalanistas no recogieron las llamadas para hacer de esos mitos bélicos, rebeldes e insurreccionales los referentes de su activismo político, bien por no avivar la siempre latente tensión política y social, bien por su cosmovisión conservadora y el temor a ser considerados separatistas o bien porque, como afirmaba Prat de la Riba, una nación que pretendía presentarse ante el mundo moderno no podía hacerlo en base a una historia de derrotas (Canal *et al.*, 2005: 224-226). Sin embargo, tanto él como otros muchos dirigentes catalanistas no pudieron obviar el significado patriótico que le iban confiriendo sus bases, simpatizantes y votantes, sobre todo entre aquellos sectores jóvenes de clase media que iban nutriendo las filas radicales del nacionalismo catalán.

Las dos primeras décadas del siglo XX asisten a una revalorización tanto del militarismo de resistencia como de la acción nacionalista insurreccional por parte de las

clases medias catalanistas. El contexto bélico europeo supuso una oportunidad para extender esa identificación del catalanismo con el militarismo defensivo cívico gracias al referente tomado de Francia y Reino Unido, que resistían el embate de los poderes imperiales, quienes, a su vez, eran identificados con la tradicional imagen de Castilla como ejecutora del militarismo agresivo autoritario (Canal *et al.*, 2005: 20). Por otra parte, empero, tras la Gran Guerra, las esperanzas de que la doctrina wilsoniana y su *Principio de las nacionalidades* harían escala en el Estado español se desvanecieron rápidamente, con lo que la acción insurreccional del movimiento independentista irlandés pasaría a ser un referente político de primer orden entre los sectores radicales del nacionalismo catalán. Alimentada por el contexto de crisis social y la ulterior dictadura primorriverista, la vía insurreccional armada terminó siendo una opción justificable para quienes, finalmente, decidieron abandonar la unión con una España monárquica y apostar por un Estado catalán independiente.

Bandera, himno, día conmemorativo, lengua en vías de estandarización, ciencias y artes al servicio de la *renacionalització*, asociacionismo cívico-cultural en catalán, mitos y héroes dando nombre y lustre al espacio público... Todo ello llegó a formar parte de un verdadero movimiento nacionalista en busca de unas estructuras políticas propias, con diferentes discursos acerca del grado de autogobierno, pero afirmando públicamente la personalidad colectiva de Cataluña y siendo reconocida por una parte remarcable de la sociedad civil. Los esfuerzos políticos por elaborar una cultura pública del catalán habían resultado decisivos en el proceso de politización de la identidad étnica catalana, cuyo *revival* se define en parte como una reacción a ese proceso de diglosia que había experimentado gran parte de la sociedad catalana a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Si en el segundo tercio del siglo XIX la nación catalana sólo existía como concepto geográfico y cultural, durante el siguiente no sólo se le terminó dando una forma y un contenido político, sino que además la horizontalidad de su discurso llegó a ser ciertamente interclasista.

Aunque la alfabetización favoreció igualmente la concienciación de clase, la asimilación de Cataluña como nación política terminó llegando a gran parte de las clases medias y a sectores jóvenes catalanistas, quienes dejarían de nutrir las bases de la *Lliga Regionalista*, la *Unió Catalanista* o *Solidaritat Catalana* para virar hacia otros referentes de luchas nacionales por la independencia política, como el irlandés. Los recursos simbólicos que utilizarían seguirían rememorando, no obstante, mitos bélicos salidos de un mismo relato nacional: el Pau Claris que había inspirado a un nada

separatista Balaguer también servía de referente para un nacionalista como Antoni Rovira i Virgili. Tampoco debería resultar paradójico, por tanto, que el *leitmotiv* de aquellos movimientos nacionalistas e independentistas (*Acció Catalana, Joventut Nacionalista, Endavant, Estat Català*) fuese guiado por la misma idea esgrimida por un conservador como Prat de la Riba en 1906: “*A cada nació, un Estat*” (Prat, 1998: 113). De este modo, la nostalgia por una lengua y un patrimonio histórico-cultural amenazados desembocaba, casi un siglo después, en el activismo político nacionalista.

Conclusiones

Al igual que el enfoque etnosimbólico intenta explicar la nación como algo más que un organismo social natural o una invención categórica de ciertas clases sociales, también es necesario frenar supuestos como el de que una comunidad étnica precontemporánea, con los requisitos requeridos por Smith, tiende por fuerza a convertirse en nación en la era contemporánea. En este sentido, tal y como también lo entiende el modernismo, las variables estructurales contemporáneas pueden actuar tanto de forma positiva como negativa. El éxito del caso catalán ha sido convenientemente puntualizado por Josep Fontana, para quien “*una conciencia a esta escala no puede ser ni el resultado inevitable de la historia pasada, ni la consecuencia de haber recibido, con el nacimiento, alguna especie de inflexible espíritu colectivo, sino que implica un proyecto de futuro compartido por los miembros que deberían componer esa colectividad de pueblos. La existencia de una historia, de una cultura y de una lengua comunes son condiciones tal vez necesarias, pero no suficientes, como lo demuestra el hecho que no hayan bastado para suscitar anteriormente el despertar de una conciencia colectiva a escala de los Países Catalanes*” (en Ucelay, 2005: 813). De este modo, la identidad nacional catalana debe su formación tanto a su etnohistoria previa como a la industrialización, la movilidad geográfica y las transformaciones económicas, demográficas y sociales contemporáneas.

Pero estudiar el caso catalán desde un enfoque etnosimbólico también permite observar el fracaso parcial que la propuesta identitaria española tuvo (y tiene) en ciertas zonas periféricas. Ello demuestra que, a diferencia de lo que afirma el paradigma modernista, los símbolos, mitos, recuerdos y tradiciones que configuran formas de entender el pasado, no son tan sencillamente maleables por parte de determinadas clases sociales y sus respectivas percepciones e intereses. A comienzos del siglo XIX, la identidad española parecía contar con suficientes medios para llegar a penetrar en todo

el Estado: tenía una lengua estandarizada, comenzaba a desarrollar una educación pública de masas y contaba con una etnohistoria formada por sus correspondientes orígenes ancestrales, su edad dorada, sus mitos y héroes, su *mythomoteur* “nosotros/ellos” en función de franceses e ingleses... Todo parecía indicar que el Estado español también se podía nacionalizar siguiendo el modelo francés, pero no ocurrió así. Y ello se debió a deficiencias de índole estructural, pero también a la matriz cultural que daba forma a dicha identidad. Como núcleo étnico principal en el proceso de construcción del Estado, Castilla había hecho de su propia etnicidad la base de la identidad nacional española, algo que nunca terminaría de encajar en otras comunidades histórico-culturales con una identidad étnica persistente, como sería el caso de Cataluña.

Por esa razón, el presente estudio también supone un intento de aportar un enfoque que permita puntos de encuentro entre aquellos que Ucelay-Da Cal denomina “*historiadores que no se hablan*”, una expresión que muestra la necesidad de empezar a reconocer que el cruce de nacionalismos en la historia contemporánea de España necesita de una comunicación que, en muchas ocasiones, parece espesa o inexistente a pesar de sus muchas similitudes discursivas y argumentales (Canal, 2005: 40-41). Las identidades nacionales ya son de por sí suficientemente maleables y complejas como para formular una teorización perfecta sobre ellas a partir de un punto fijo en el espacio-tiempo. Si además de asimilar que la imprecisión es una compañera obligada en la conquista del hecho científico, hay que luchar contra la falta de comunicación entre los profesionales académicos, entender las cuestiones identitarias seguirá siendo, en el caso hispánico, una tarea tan complicada como comprometedora.

Bibliografía

- Balcells, Albert, *El nacionalismo catalán*, Historia 16, Madrid, 1999
- Balcells, Albert (dir), *Historia de Cataluña*, Esfera, Barcelona, 2006
- Canal, Jordi (coord.), *El nacionalismo catalán: mitos y lugares de memoria; Historia y Política n°14*, julio-diciembre 2005
- De Riquer i Permanyer, Borja, *Escolta, Espanya. La cuestión catalana en la época liberal*, Pons, Madrid, 2001
- Elliott, John H., *La España imperial*, RBA, Barcelona, 2006
- García Cárcel, Ricardo, *Historia de Cataluña siglos XVI-XVII (I: Los caracteres originales de la historia de Cataluña)*, Ariel, Barcelona, 1985a
- Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, Alianza, Madrid, 2008

- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence, *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 2005
- Juliá, Santos, *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2005
- Llobera, Josep R., *El dios de la modernidad: el desarrollo del nacionalismo en Europa Occidental*, Anagrama, Barcelona, 1996
- Nadal i Farreras, Joaquim y Wolff, Philippe (dir), *Historia de Cataluña*, Oikos-Tau, Barcelona, 1992
- Oltra, Benjamín, Mercadé, Francesc y Hernández, Francesc, *La ideología nacional catalana*, Anagrama, Barcelona, 1981
- Pich i Mitjana, Josep, “La génesis del catalanismo político: de los inicios de la Restauración a la crisis del Centre Catalá”, *Revista Española de Historia Hispania* vol. LXVIII n°229, mayo-julio 2008
- Prat de la Riba, Enric, *La nacionalitat catalana* (ed. bilingüe), Biblioteca Nueva, Madrid, 1998
- Smith, Anthony D. *The Ethnic origins of nations*, Blackwell, Oxford, 1986
- Smith, Anthony D., *La identidad nacional*, Trama, Madrid, 1997
- Smith, Anthony D., *Myths and memories of the nation*, Oxford University Press, 1999
- Smith, Anthony D., *Nacionalismo y modernidad*, Istmo, Madrid, 2000
- Smith, Anthony D., *Nacionalismo: teoría, historia e ideología*, Alianza, Madrid, 2004
- Smith, Anthony D., *Ethno-symbolism and nationalism*, Routledge, 2009
- Torres, Xavier, *Naciones sin nacionalismo: Cataluña en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)*, Publicacions de la Universitat de València, 2008
- Ucelay-Da Cal, Enric, *El imperialismo catalán: Prat de la Riba, Cambó, D’Ors y la conquista moral de España*, Edhasa, Barcelona, 2003